



Travesía inolvidable

Por MARTÍN AURELIO CORONA JEREZ

Parco en los calificativos, Ernesto Che Guevara, uno de los protagonistas, llamó "la aventura del siglo" a la hazaña de los expedicionarios del yate Granma, quienes desembarcaron en Cuba, el 2 de diciembre de 1956.

Es lógico pensar que esa hombrada estaría entre las últimas y más heroicas travesías marítimas del prolongado bregar revolucionario de Latinoamérica, donde abundaron los retornos subrepticios de patriotas, para combatir por la libertad.

Alberto Ferrera Herrera, en el libro **El Granma: La aventura del siglo**, brinda bastante información acerca de los obstáculos que, pese a la magnitud y la diversidad, no pudieron detener a Fidel Castro y a sus compañeros.

En los tiempos de la gesta, primaban los criterios de que era imposible sostener, en América, cualquier proyecto contrario a los intereses norteamericanos y derrotar con fuerzas irregulares a un ejército profesional, recuerda el autor.

Téngase en cuenta que, en aquella década, tropas y servicios secretos de Estados Unidos participaron en agresiones a Corea y a Costa Rica, la ocupación de Taiwán, el aplastamiento de la insurrección en Puerto Rico y el golpe de Estado en Cuba.

También estuvieron involucrados en el derrocamiento del gobierno progresista de Jacobo Arbenz, en Guatemala, y enfrentaron sublevaciones en Perú, Bolivia y Colombia, además de que, en 1956, quedaron reparados y modernizados numerosos navíos de guerra cubanos y aumentó la dotación.

Merecen destaque, el nivel de desarrollo de las comunicaciones, el alcance de la marina, la aviación y los cuerpos de espionaje de la tiranía batistiana, todos fortalecidos en grado notable por los yanquis, y los inconvenientes de la navegación en un yate relativamente pequeño y sobrecargado.

Se sabe que fuerzas estadounidenses de mar y tierra ayudaron en el patrullaje encaminado a impedir el desembarco, fundamentalmente en el sureste del archipiélago.

Militares batistianos opinaron que la llegada de Fidel y sus hombres a Cuba sería simultánea con un levantamiento armado en el país y señalaron como fecha más probable del 20 al 27 de noviembre de 1956.

Debido a ello, el día 24 reforzaron, por tercera vez en menos de un mes, el rastreo aéreo en la región oriental, y el 26 una batería de artillería de costa fue trasladada de La Cabaña para Holguín.

Fulgencio Batista y los asesores yanquis conocieron el plan insurreccional, con lógicas imprecisiones; dos o tres días después de la salida del Granma tenían información



de sus características y el 1 de diciembre sabían hasta el nombre.

Para el éxito de la empresa patriótica, se entrelazaron la osadía y el valor de los revolucionarios, la fuerza de sus convicciones, la táctica acertada de navegar lo más lejos posible de Cuba y la "buena suerte", esa probabilidad inasible que solo favorece a quienes actúan.

Influyeron, además, la incapacidad de los mandos militares de la tiranía y de sus asesores; la ineficacia de los patrullajes aéreo y marítimo, ambos conocidos y, en alguna medida, penetrados por agentes del movimiento insurreccional, y la tendencia general de las fuerzas gubernamentales a permanecer en los cuarteles.

Habría que agregar la casi segura actuación de militares opuestos a la sangrienta tiranía proimperialista. Este factor se menciona poco, pero no faltan hechos muy parecidos a indicios de su existencia.

Al enterarse del desembarco, Batista lo calificó como "aventura loca sin importancia" y, semanas después, cuando le preguntaron qué hacer si Fidel fuera capturado vivo, ordenó: "Quémalo, que el aire se lleve sus cenizas y nadie sepa dónde está su tumba. No quiero otro Guiterras".

Parecería que los asesinos de Ernesto Che Guevara, en Bolivia, habrían escuchado a la hiena caribeña.

Gigante e inmortal es el ejemplo de los titanes del yate Granma; la historia les dio la razón y no podía ser otra la respuesta para quienes, voluntariamente, escogieron la senda de La Demajagua, Bayamo y Baraguá.

Referencia: Ferrera Herrera, Alberto: **El Granma: La aventura del siglo**, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 1990.

ESTAMPAS
T
del **Terruño**
Por WILFREDO NARANJO GAUTHIER

De algunos hechos inmediatos a la oficialización de la villa

Por WILFREDO NARANJO GAUTHIER

Todo parece indicar que, inmediatamente después de la villa de Manzanillo, se procedió a iniciar la construcción de un hospital civil de caridad, para atender a los pobres mendigantes. Es bueno destacar aquí, para conocimiento de las nuevas generaciones, sobre todo para las que han tenido la dicha de nacer después del triunfo de la Revolución, que en aquella época y hasta tiempos no muy lejanos, cuando existían en nuestra patria la discriminación y la diferencia de clases, los hospitales eran el refugio de los mendigos y personas de escasos recursos económicos, ya que los enfermos pudientes eran atendidos en las consultas privadas de los médicos o mediante visitas domiciliarias, pues resultaba deprimente la sala general de un hospital.

Aquel mismo año 1840, fue instalado, en una casa alquilada, un presidio correccional para delitos menores, lo que demuestra que ya para esa fecha los inversionistas de nuestro terruño hacían construcciones para ofrecerlas en arrendamiento. Los dos primeros individuos internados se llamaban Andrés Blanco y un tal "Pinto", que fueron sancionados a dos meses de reclusión por hurto de gallinas. El primer alcalde de esa cárcel se llamaba Don Vicente Barbán, designado para el cargo el 27 de enero de 1841.

El día 15 de enero, Don Antonio Gómez pidió autorización para abrir una escuela primaria privada, convirtiéndose así en el primer maestro con establecimiento de enseñanza registrado oficialmente, aunque con anterioridad venían funcionando otros colegios privados. En los meses de marzo y abril, solicitaron permiso para establecer escuelas privadas, los maestros Don Francisco Villamar y Don Cosme Fernández.

También al calor de la oficialización de la villa, el 12 de abril de 1841, era puesta la primera piedra para la construcción del nuevo edificio de la Iglesia Parroquial, cuyos orígenes se remontaban a una ermita erigida a fines de 1809. La ceremonia fue presidida por el párroco Padre Tomás Elipe, quien a los 38 años de labor parroquial falleció en esta ciudad, en 1878, y fue sepultado, cumpliéndose su voluntad, a la entrada del Cementerio Viejo, "para que el pueblo pisara la tierra que habría de cubrir sus mortales despojos".

Publicado: el 13 de enero de 1983

Compilación: Luis C. Palacios Leyva